

ISSN: 0213-2052

KARL POLANYI Y EL PROBLEMA DE LOS MERCADOS

Karl Polanyi and the problem of markets

Octavio COLOMBO
UBA-CONICET
e-mail: octacolombo@hotmail.com

Fecha de aceptación definitiva: 24-09-2008

BIBLID [0213-2052(2008)26;221-236]

RESUMEN: El objetivo de este trabajo es analizar las concepciones de Karl Polanyi sobre los mercados precapitalistas, especialmente su reformulación de las categorías de comercio, dinero y mercado. En primer lugar, se presentará un examen crítico de las ideas fundamentales de *La Gran Transformación*, donde sienta las bases de sus reflexiones posteriores sobre las sociedades preindustriales. Utilizando algunas categorías básicas de la crítica de la economía política, intentaremos mostrar ciertos límites metodológicos y conceptuales de la propuesta polanyiana. Luego se procede al examen de sus razonamientos relacionados con las características de los mercados precapitalistas. Concluimos que, si bien tanto las categorías como las argumentaciones de Polanyi requieren una profunda revisión, su importancia radica en haber planteado la necesidad de un enfoque verdaderamente histórico sobre los mercados; enfoque que aún hoy se encuentra muy escasamente desarrollado.

Palabras clave: Karl Polanyi, mercados, sociedades precapitalistas, marxismo.

ABSTRACT: The purpose of this work is to analyze the Karl Polanyi's conceptions about the pre-capitalist-markets, especially his revision of the categories of trade, money and market. In first place, we present a critical examination of the fundamental ideas of *The Great Transformation*, where his later reflections about pre-industrial societies are ground. Using some basic categories of the critique of political economy, we treat to show certain methodological and conceptual limits of his proposal. Then, we analyze the Polanyi's ideas related to the features of pre-capitalist markets. We conclude that, even when the polanyian categories and reasoning need a deep revision, his merit is to propose a really historical approach about the markets; approach that until now has not received a suitable attention.

Key words: Karl Polanyi, markets, pre-capitalist societies, Marxism.

El objetivo de este trabajo es examinar las concepciones de Karl Polanyi sobre los mercados precapitalistas y en especial su reformulación de las categorías de mercancía, dinero y comercio¹. Este análisis se inscribe en el marco más general de una investigación sobre la naturaleza de los mercados campesinos en una sociedad preindustrial, objeto que presenta problemas teóricos y empíricos insolubles desde la perspectiva económica tradicional². Frente a ella, la tesis del «incrustamiento» de la economía y el intento de redefinir en ese marco las características de las relaciones mercantiles resultaban sin duda atractivos, pero requerían un examen de la coherencia interna de las categorías y de su utilidad para el análisis histórico. Este trabajo, despojado de referencias a nuestro objeto concreto de investigación, tiene esa finalidad, y se estructura en torno a ejes que no fueron específicamente contemplados en los debates clásicos entre substantivistas y marxistas.

Se procederá, por lo tanto, a un análisis de la lógica interna de los planteamientos de Polanyi, utilizando para ello algunas de las categorías fundamentales de la crítica de la economía política (la mercancía como forma social; la producción como totalidad históricamente determinada; la alienación del productor con respecto a las condiciones objetivas del proceso de producción, etc.). Sometiéndolas a una indagación en profundidad, las ideas polyanianas revelan un sustrato conceptual y metodológico próximo al de la teoría marginalista a la que se enfrentan. No entendemos la crítica, sin embargo, en un sentido puramente negativo: este análisis, por un lado, intenta clarificar algunos nudos conceptuales y metodológicos que enfrenta el estudio histórico de los mercados, y por otro lado, aspira a revalorizar desde una perspectiva distinta la agenda de problemas que nos propone Polanyi y que aún hoy se encuentra, en muchos de sus aspectos, inexplorada.

I.

Polanyi ocupa sin duda un lugar destacado en el pensamiento social contemporáneo. La antropología económica anterior a él había tenido una actitud ambigua frente a los fenómenos mercantiles precapitalistas. En tanto el mercado era asimilado a las sociedades industrializadas, los estudios clásicos de principios del siglo XX centraron su atención en las formas de circulación no mercantiles características de las economías no capitalistas: ejemplos de esto son los excelentes trabajos de Malinowski sobre el intercambio Kula en las islas Trobriand, y el «Ensayo sobre el Don» de Marcel Mauss³. Inscriptos en esta tradición, los escritos de Polanyi marcan sin embargo un muy interesante cambio de perspectiva. Asumiendo la existencia de comercio, dinero y mercados en las economías preindustriales, Polanyi se esforzó a la vez por demostrar que éstos no constituían antecedentes de la sociedad de mercado propiamente dicha, sino que tenían significados radicalmente distintos. La publicación de *Comercio y Mercado en los Imperios Antiguos* ofició como carta de presentación del enfoque substantivista,

1. Una muy buena introducción a Polanyi sigue siendo HUMPHREYS, S. C.: «History, Economics and Anthropology: The Work of Karl Polanyi», *History and Theory*, vol. 8, n.º 2, 1969.

2. Nuestro campo de estudio específico es la Baja Edad Media castellana. Hemos objetado la pertinencia del enfoque económico liberal y neoclásico en COLOMBO, O.: «La naturaleza de los mercados campesinos en la Baja Edad Media», *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna*, n.º 37-8, 2004-2005.

3. MALINOWSKI, B.: *Los Argonautas del Pacífico Occidental*. Barcelona, 2001; MAUSS, M.: «Ensayo sobre los dones», en *Sociología y Antropología*. Madrid, 1979.

perspectiva que, enfrentada tanto a la corriente formalista como a la marxista, inspiró importantes estudios teóricos y empíricos en el tercer cuarto del siglo XX⁴.

En la actualidad, la apreciación de la obra de Polanyi presenta ciertos contrastes. En el campo de la antropología, el agotamiento del debate entre substantivistas, formalistas y marxistas ha dado lugar al desarrollo de enfoques que, o bien tienen una filiación más próxima al enfoque formal (como es el caso de la teoría del «lugar central»)⁵, o bien se derivan de la ampliación del objeto de estudio de la antropología a las sociedades modernas (el sector informal, el comportamiento microeconómico de los sujetos, la incidencia de las relaciones interpersonales en el mercado, etc.)⁶. Sin embargo, existe al mismo tiempo una muy fuerte tendencia en los últimos años a revalorizar el análisis polanyiano de la sociedad capitalista contemporánea y en especial su crítica a los mercados autorregulados, en correspondencia con los actuales movimientos políticos que cuestionan la globalización⁷.

En la historiografía, el impacto de la obra de Polanyi ha sido ambiguo y desigual. Tuvo una recepción cálida en los estudios sobre el Antiguo Oriente y sobre la Antigüedad Clásica, en este último caso especialmente por intermedio de la obra de Moses Finley. Fuera de esto y con la excepción de algunos americanistas, sólo se le ha citado de forma superficial y generalmente errónea. En la historiografía medieval y moderna, los aportes de la antropología económica sólo han tenido una influencia marginal en el estudio de los mercados, en especial si se la compara con la que han tenido en primer lugar las concepciones de Ricardo y Malthus, y secundariamente el enfoque de Chayanov. Su impacto se relaciona más bien con el análisis de los intercambios no mercantiles basados en criterios de reciprocidad, y con la tendencia a «primitivizar» la economía medieval y del feudalismo tardío, que en los hechos se manifiesta como una simple tendencia a minusvalorar los fenómenos que parecen excesivamente «modernos», basándose en la postulación dogmática de una presunta *otredad* absoluta de las sociedades preteritas⁸. Las apelaciones a la construcción de una «historia antropológica» que

4. POLANYI, K., et al.: *Comercio y mercado en los Imperios Antiguos*. Barcelona, 1976; la versión inglesa original es de 1957. Una compilación representativa del debate en GODELIER, M. (comp.): *Antropología y economía*. Barcelona, 1976.

5. Este enfoque adquirió importancia a partir de SKINNER, W.: «Marketing and Social Structure in Rural China», *The Journal of Asian Studies*, «Part I», vol. 24, n.º 1, 1964; «Part II», vol. 24, n.º 2, 1965; véase también SMITH, CAROL A.: «Economics of Marketing Systems: Models from Economic Geography», *Annual Review of Anthropology*, vol. 3, 1974; Smith aplica dicha teoría al estudio de la estratificación social en Guatemala en ídem, «Examining Stratification Systems through Peasant Marketing Arrangements: An Application of Some Models from Economic Geography», *Man*, vol. 10, n.º 1, 1975. Utiliza esta perspectiva desde un punto de vista histórico HODGES, R.: *Primitive and Peasant Markets*. Nueva York, 1988.

6. Véase la reseña de PLATTNER, S.: «Markets and Marketing», *Current Anthropology*, vol. 26, n.º 3, 1985; y los trabajos compilados en ídem (ed.): *Antropología económica*. México, 1991.

7. Véase la obra colectiva de SERVET, J. M.; MAUCOURANT, J. y TIRAN, A. (eds.): *La Modernité de Karl Polanyi*. Paris-Montreal, 1998; y MAUCOURANT, J.: *Descubrir a Polanyi*. Barcelona, 2006. Es significativo que la última edición de la obra principal de Polanyi: *La Gran Transformación*, del año 2001, lleve un prólogo del economista Joseph Stiglitz, ex directivo del Banco Mundial devenido en crítico de la globalización. También se intenta reactualizar el enfoque de Polanyi desde el punto de vista histórico y antropológico en DUNCAN, C. y TANDY, D. (eds.): *From Political Economy to Anthropology. Situating Economic Life in Past Societies*. Montreal-Nueva York-London, 1994.

8. Un claro ejemplo es CLAVERO, B.: *Antidora. Antropología católica de la economía moderna*. Milán, 1991, quien a pesar de su explícito desprecio por casi toda la producción intelectual previa, se molesta en hacer un comentario benigno sobre la propuesta de Polanyi (p. 30). Un enfoque similar, en cuanto al contenido y en cuanto a la forma, en GUERREAU, A.: *L'avenir d'un passé incertain. Quelle histoire du Moyen Âge au XXI^e siècle?* Paris, 2001.

se repiten ritual y periódicamente desde hace varias décadas no han tenido ningún impacto significativo en el análisis de los mercados⁹.

No es exagerado concluir que ésta es una situación verdaderamente perjudicial para la comprensión de las economías preindustriales, cuya consecuencia ha sido que el estudio de los mercados campesinos se convirtiera en el coto de caza casi exclusivo de las más anacrónicas concepciones neoclásicas. El análisis que sigue no será, ni mucho menos, una reivindicación acrítica del enfoque de Polanyi, pero aun así debe destacarse que sus planteamientos, si bien se argumentará que en aspectos fundamentales son equivocados, constituyen una saludable dosis de oxígeno frente a la asfixia intelectual que provocan las concepciones económicas dominantes.

II.

La concepción histórica de Polanyi sólo puede entenderse en función de su análisis de la sociedad contemporánea, que da lugar a los que él mismo denominó como el problema del «lugar cambiante de la economía en las sociedades». La tesis central de su obra más importante, *La Gran Transformación*, publicada en 1944¹⁰, puede resumirse del siguiente modo.

En todas las sociedades humanas anteriores al siglo XIX la economía se halla subordinada a relaciones sociales más amplias. Esto quiere decir que el sistema económico no tiene una existencia autónoma, sino que se encuentra determinado por estructuras, comportamientos y motivaciones no económicos. Las formas de integración social que dominan en estas circunstancias –dominantes en tanto son las que rigen la asignación de los factores de producción, en especial la tierra y el trabajo– no son el mercado autorregulado, sino la reciprocidad o la redistribución.

Todo este cuadro fue violentamente modificado con la Revolución Industrial. La aparición de maquinaria costosa y especializada obligó a una brusca adaptación de la sociedad¹¹. Las condiciones de reproducción del nuevo sistema productivo exigían la existencia de un amplio mercado para los insumos y para los productos de la industria. Respondiendo a esta necesidad surge el proyecto del liberalismo económico de crear un mercado autorregulado, libre de toda injerencia exterior, que englobara la totalidad de los bienes, incluyendo especialmente lo que Polanyi denomina las «mercancías ficticias»: tierra, trabajo y dinero. De esta forma se pretendía alcanzar el «des-incrustamiento» de la economía, subordinando al conjunto de la sociedad a la dinámica de un mecanismo autónomo e impersonal.

Polanyi consideraba, sin embargo –y éste es un aspecto sobre el cual ha habido cierta confusión–, que el proyecto liberal era completamente irrealizable. Ninguna sociedad podría haber perdurado «ni siquiera por breve tiempo»¹² si se hubiera permitido que las mercancías ficticias quedaran a merced del mercado. Es por eso que ni bien el programa liberal parece triunfar en la primera mitad del siglo XIX, se asiste al surgimiento de una amplia reacción auto-protectora de la sociedad, cuya historia Polanyi describe desde la aparición de la legislación social y el proteccionismo en la segunda mitad del siglo XIX hasta el fascismo, el nazismo, el abandono del

9. En la década de 1970, esto se reflejaba en el dossier «Pour une histoire anthropologique: La notion de réciprocité», *Annales ESC*, 29^o année, n.º 6, 1974. Desde entonces la situación no ha cambiado sustancialmente, y hasta podría decirse que ha empeorado, como lo muestra, por ejemplo, el citado libro de Guerreau.

10. POLANYI, K.: *La Gran Transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México, 2003.

11. POLANYI, K.: *La Gran Transformación*, p. 89.

12. *La Gran Transformación*, p. 124.

patrón oro, el New Deal en los Estados Unidos y la economía planificada en la Unión Soviética. Ésta es la tesis del llamado «doble movimiento»: la pretensión de expandir y autonomizar un mercado autorregulado se vio exitosamente contrarrestada por una muy heterogénea reacción antiliberal tendiente a restringirlo y subordinarlo. Polanyi, escribiendo en los primeros años de la década de 1940, cree haber asistido al «fracaso final de la economía de mercado»¹³; en el futuro, el mecanismo de mercado seguiría existiendo pero ya no dominaría al conjunto social «porque ya no abarcará la mano de obra, la tierra y el dinero»¹⁴.

En la medida en que el análisis de Polanyi de los fenómenos económicos precapitalistas tiene su fundamento último en estas premisas conceptuales, es necesario detenerse a examinarlas con algún detalle. Sería tan fácil como inútil comenzar una crítica exponiendo el carácter ciertamente erróneo de su predicción sobre el futuro de la economía de mercado, así que nos abstenemos de ello, intentando en su lugar explorar la naturaleza menos evidente de sus concepciones.

Un punto de partida apropiado es el concepto de «mercancías ficticias» (tierra, trabajo y dinero), dado el lugar central que ocupa en la explicación¹⁵. En efecto, hemos visto que para Polanyi sólo si el mercado abarca estas mercancías adquiere su carácter autónomo y autorregulado. Su carácter mercantil, sin embargo, es *ficticio* en la medida en que no son bienes que hayan sido producidos para la venta. Mientras que todas las sociedades previas habrían restringido la acción de los mercados a las mercancías «propriadamente dichas», la sociedad industrial trató a la tierra, el trabajo y el dinero «como si» fueran mercancías, aun cuando «por supuesto, ellas no lo son realmente»¹⁶.

No puede negarse que el argumento es ingenioso y sugerente. Si se le somete a un escrutinio riguroso, sin embargo, evidencia una debilidad constitutiva. Todo el razonamiento se fundamenta en una confusión entre contenido material y forma social, confusión propia de la economía neoclásica y que veremos reaparecer en distintos puntos del análisis polanyiano. En un sentido general, toda forma social es un «como si», por el mero hecho de que las determinaciones sociales no emanan ni de los objetos ni de los seres humanos en tanto tales, sino de las relaciones sociales específicas que conforman a una sociedad determinada. En este plano no hay diferencia entre tratar al productor como si fuera un instrumento que habla o como si su fuerza de trabajo fuera mercancía; ni hay diferencia entre tratar a la tierra como si fuera el feudo de un linaje o como si fuera mercancía; ni tampoco, incluso, en tratar a cualquier valor de uso como si tuviera valor¹⁷. El «como si» de Polanyi no hace más que expresar que la forma social difiere del contenido material, lo cual constituye una determinación universal propia de toda relación social y no puede predicarse con exclusividad de la economía de mercado para postular la presunta imposibilidad de su existencia. Aquí se revela un aspecto que han señalado algunos críticos: el romanticismo ideológico de Polanyi, según el cual la economía

13. *La Gran Transformación*, p. 260.

14. *La Gran Transformación*, p. 311.

15. *La Gran Transformación*, capítulo VI: «El mercado autorregulado y las mercancías ficticias: mano de obra, tierra y dinero», pp. 118 y ss.

16. POLANYI, K.: «Our Obsolete Market Mentality», en DALTON, G. (ed.): *Primitive, Archaic and Modern Economies. Essays of Karl Polanyi*, Nueva York, 1968, pp. 61-62; véase también *La Gran Transformación*, pp. 126-127.

17. Denunciar la «ficcionalidad» de una u otra relación social queda sujeto al arbitrio de cada autor. Sidney Mintz, por ejemplo, considera que en el comercio triangular «los esclavos eran un “artículo falso” porque un ser humano no es un objeto, aun cuando se le trate así», *Dulzura y poder. El lugar del azúcar en la historia moderna*. México, 1996, p. 76.

mercantil sería «artificial», mientras que las formas de organización social no mercantiles serían acordes a la naturaleza del hombre¹⁸.

III.

El carácter arbitrario de la elección de estas mercancías como «ficticias», además de revelarse en un ejercicio comparativo, puede verse en ciertas variaciones argumentales que emergen del análisis textual de la obra de Polanyi. Una lectura sistemática hace saltar a la vista un hecho en principio desconcertante: en los trabajos posteriores a *La Gran Transformación* el dinero desaparece de la lista de mercancías ficticias, sin que haya para ello ninguna razón explícita (aun cuando, como se verá más adelante, Polanyi argumenta que el dinero es un elemento universal propio de toda sociedad humana)¹⁹.

Esta fluctuación accidental en torno a un concepto tan importante en la argumentación obliga a profundizar en sus razones. Como ya se ha dicho, Polanyi tiende a considerar que el carácter ficticio de estas mercancías consiste en que no han sido producidas para la venta, es decir, que «estos elementos no son mercancías, de acuerdo con la definición empírica de una mercancía»²⁰. Señalemos, accesoriamente, lo cuestionable del razonamiento: bastaría sostener que la definición verdaderamente «empírica» es que mercancías son aquellos bienes o servicios que se intercambian en el mercado para descartar la totalidad del problema. No es un método apropiado para descifrar la naturaleza de un fenómeno el establecer una definición *a priori* y luego comprobar si la realidad se adecua a ella o no.

Pero incluso aceptando la definición de Polanyi, dejar de lado el dinero no remedia el carácter equívoco del concepto de «mercancías ficticias». Es evidente que en la sociedad contemporánea hay muchos otros bienes o servicios que se comercializan pero que no han sido producidos para la venta (la moral de ciertos individuos —especialmente si tienen poder—, reliquias, antigüedades, obras de arte, la inteligencia y el conocimiento, etc.). Cuando Polanyi restringe la categoría de mercancías ficticias a la tierra y el trabajo está, incluso según su propia definición, haciendo una selección arbitraria. ¿Por qué? Podemos ensayar una respuesta haciendo una mención a su concepción más general. Cuando Polanyi analiza las «formas de integración» (reciprocidad, redistribución, intercambio) que permitirían clasificar los distintos

18. Por ejemplo, COOK, S.: «The Obsolete “Anti-Market” Mentality: A Critique of the Substantive Approach to Economic Anthropology», *American Anthropologist*, vol. 68, n.º 2, 1966. También HETCHER, M.: «Karl Polanyi’s Social Theory: A Critique», *Politics & Society*, vol. 10, n.º 4, 1981, p. 411.

19. Ya en «Our Obsolete Market Mentality», un artículo originalmente publicado en 1947, apenas tres años después de *La Gran Transformación*, el dinero desaparece de la lista de mercancías ficticias (p. 61), un cambio que se mantiene en todos los trabajos posteriores de Polanyi. Aunque no es el objeto específico de este trabajo, algo similar ocurre con la lista de las «formas de integración»: mientras que en su primera formulación incluye la reciprocidad, la redistribución, el intercambio y la autarquía doméstica (*La Gran Transformación*, pp. 96-104), esta última forma es eliminada en escritos posteriores tales como «La economía como actividad institucionalizada», *Comercio y mercado...*, p. 296; y en el manuscrito de Polanyi publicado después de su muerte con el título de *El sustento del hombre*, Barcelona, 1994, p. 109. Sin embargo, la autarquía doméstica hace una reaparición inesperada en otro texto tardío: *Dabomey and the Slave Trade. An Analysis of an Archaic Economy*. Seattle and London, 1966, Ch. 5, pp. 70 y ss. Este parece ser el problema de las «listas» de categorías que, careciendo de fundamentos conceptuales sólidos, se construyen con una metodología empirista; sobre esto, véase *infra*.

20. *La Gran Transformación*, p. 123.

sistemas económicos, sostiene que en toda sociedad se registra la existencia simultánea de más de una de estas formas, pero que siempre hay una que es dominante en tanto es la que determina la asignación de la tierra y del trabajo. Aquí, lejos del problema de las mercancías ficticias, aunque manteniéndose siempre en el plano de la circulación, reaparecen estos dos elementos como determinaciones sociales básicas.

¿Por qué la centralidad de las formas de asignación de la tierra y el trabajo, de las cuales la forma mercantil es sólo una variante concreta? La única explicación teórica se encuentra en *El sustento del hombre*, y no casualmente contiene una de las manifestaciones más claras de la proximidad del enfoque sustantivo a la economía marginalista. A partir de definir a la producción como una «combinación de bienes»²¹, y retomando la distinción de Menger entre bienes de orden superior y bienes de orden inferior²², Polanyi afirma que la importancia del trabajo «como factor de producción se debe a la circunstancia de que el trabajo es el agente más general entre todos los bienes de orden “superior”»²³. Lógicamente, el razonamiento se hace extensivo a la naturaleza (tierra), «una cuestión de no menor importancia», en la medida en que el trabajo presupone una interacción con ella²⁴. Como puede verse, la consideración es estricta y estrechamente tecnológica: la prioridad del trabajo humano para el análisis socioeconómico no se deriva de la centralidad que tiene en tanto actividad humana transformadora de la naturaleza y a la vez productora y producto de las relaciones sociales, sino de que, en una «producción» definida como «combinación de bienes» (esto es, despojada de toda cualidad histórica y social), es el bien más ampliamente utilizado.

Podría argumentarse, por cierto, que la definición de Polanyi tiene una validez auto-evidente en tanto la tierra y el trabajo (y los medio de producción, en última instancia, no son más que trabajo pasado) son indudablemente las condiciones materiales de todo proceso de producción: a esto alude, de hecho, cuando define a la «economía real» como «los rasgos duraderos y permanentes de todas las economías»²⁵. Pero esta evidencia, por su grado de abstracción, carece de valor analítico. Toda producción se realiza en un contexto histórico determinado y presenta cualidades específicas que en modo alguno se limitan al plano de las formas de asignación de los recursos. Polanyi, por el contrario, parece creer que la producción es un universal invariable —y ciertamente lo es si se la define como «combinación de bienes»— y que sólo tienen cualidades históricas las formas de asignación. Pero que la fuerza de trabajo adquiera forma mercantil implica que la producción se basa en el trabajo asalariado, y no es necesario adherir al materialismo histórico para reconocer que la empresa capitalista como espacio social en el que se realiza la producción se distingue cualitativamente del señorío feudal, de la plantación esclavista o de la pequeña propiedad campesina independiente. Hay que subrayar que aquí ni siquiera se discute si la producción tiene prioridad analítica sobre la circulación: sólo se sostiene que la forma específica de la producción no puede eliminarse del análisis porque la producción no se

21. *El sustento del hombre*, p. 105.

22. MENGER, Carl: *Principios de economía política*. Barcelona, 1996 [1871], pp. 51-52. Los bienes de «orden inferior» serían aquellos que satisfacen de forma directa e inmediata una necesidad (bienes de consumo final), mientras que los de «orden superior» serían aquellos cuya utilidad consiste en servir para la producción de los primeros. Nótese que ésta es una clasificación estrictamente técnica de los objetos que tiene como patrón de referencia sus cualidades materiales con prescindencia de toda consideración histórica o social.

23. *El sustento del hombre*, p. 106.

24. *El sustento del hombre*, p. 118; también *Comercio y Mercados*, p. 301.

25. *El sustento del hombre*, p. 62.

define por la coincidencia técnica de cosas materiales inmutables sino por la forma histórica específica en que los seres humanos se organizan para producir. Y hay que subrayar también que no se está enfrentando el materialismo con alguna otra concepción filosófica de la historia: sólo se contraponen una concepción histórica del materialismo con una concepción también materialista pero tecnicista, y por tanto carente de historia y de cualidad social.

IV.

Podemos ahora volver sobre *La Gran Transformación*, donde, como se recordará, el dinero figura invariablemente junto a la tierra y el trabajo como los bienes claves cuya modalidad de asignación determina la totalidad social. Luego de postular el carácter ficticio de estas mercancías, Polanyi se detiene extensamente en demostrar el riesgo social inherente a la pretensión de dejarlas a merced del mercado autorregulado²⁶, puesto que: «El trabajo es sólo otro nombre para una actividad humana que va unida a la vida misma... La tierra es otro nombre de la naturaleza... [y] por último, el dinero es sólo un símbolo del poder de compra»²⁷. Ésta parece ser, en definitiva, la razón más profunda: «Si se permitiera que el mecanismo del mercado fuese el único director del destino de los seres humanos y de su entorno natural, incluso de la cantidad y el uso del poder de compra, se demolería la sociedad», puesto que se subordinaría «la sustancia de la sociedad misma a las leyes del mercado»²⁸.

He aquí el argumento que, a pesar de la debilidad inherente a la definición de mercancías ficticias, preserva la coherencia global del análisis: tierra, trabajo y dinero son expresiones de la «sustancia» de la sociedad, a saber: naturaleza, seres humanos y organización productiva, respectivamente; y es en calidad de tal que no deberían abandonarse al movimiento caprichoso del mercado²⁹. Pero aquí no se hace más que transponer en lenguaje heterodoxo la concepción de los factores de producción como elementos transhistóricos del proceso de producción, naturalizando las tres formas básicas de ingreso de la sociedad capitalista y las tres clases sociales fundamentales que la conforman: tierra, trabajo y dinero son los bienes que producen renta, salario e interés, y que pertenecen a terratenientes, obreros y capitalistas³⁰. Tres elementos que conforman la sociedad, tres elementos que condensan su «sustancia», tres elementos que no pueden quedar a merced del mercado autorregulado porque su protección es necesaria para la reproducción del proceso de producción: el oligopolio capitalista, la protección estatal a las clases terratenientes y la organización sindical de la clase obrera son expresión de la misma necesidad abstracta de una sociedad cuya diferenciación interna sólo pasa por el tipo de bien que cada agente ofrece en el mercado.

26. Nótese que éste es un argumento de naturaleza distinta, no incompatible pero tampoco necesario, que se agrega al anterior, puesto que tanto podría afirmarse que a pesar de ser mercancías ficticias su comercialización no implica ninguna amenaza social, como también que la comercialización de ciertos bienes que Polanyi considera mercancías genuinas, como por ejemplo los alimentos, implica muy serios peligros sociales.

27. *La Gran Transformación*, p. 123.

28. *La Gran Transformación*, pp. 123 y 122, respectivamente.

29. Véase en este sentido HALPERIN, S.: «Dynamics of Conflict and System Change: *The Great Transformation Revisited*», *European Journal of International Relations*, vol. 10, n.º 2, 2004.

30. Polanyi relaciona su idea sobre las mercancías trabajo, tierra y dinero con las tres formas de ingreso propias de la economía capitalista como ingresos esencialmente idénticos que se corresponden a cada uno de los factores de la producción en «Our Obsolete...», p. 64.

La diferencia con el enfoque de la economía ortodoxa, por tanto, es menos aguda de lo que parece, pues la identificación de las mercancías ficticias con la «sustancia» de la sociedad reproduce la representación cosificada de las relaciones de producción³¹. Sobre esta base común, la discusión sólo puede darse al nivel de las formas de asignación de los factores, es decir, en el plano privilegiado por la teoría marginalista. Ésta, por su parte, se ha mostrado más flexible en las últimas décadas: ha asumido y hasta ha intentado explicar la existencia de formas de asignación de los recursos distintas al mercado, siempre y cuando se expliquen por los mismos motivos de elección racional individual y eficiencia económica que éste. El desafío de Polanyi, como lo calificó Douglass North, bien puede transformarse en una demostración adicional de la universalidad del comportamiento del agente económico, que daría lugar a ordenamientos institucionales distintos según costos de transacción variables³². Se sacrifica la universalidad del mercado como institución, consolidando la universalidad del mecanismo de mercado y de la racionalidad mercantil de los sujetos: cuando no hay mercado es porque resulta más eficiente, en términos mercantiles, que no lo haya. El mecanismo de mercado explicaría tanto al mercado como a su negación: es la premisa universal que tiene validez incluso cuando no la tiene, que existe incluso para demostrar su no existencia, y cuya no existencia, por lo tanto, demuestra que existe³³.

Resumamos el planteamiento. Es sintomático que cuando Polanyi afirma el carácter ficticio de las mercancías tierra, trabajo y dinero, lo que toma como «real» es su materialidad, concebida como una supuesta sustancia inmanente y por tanto necesariamente transhistórica. Éste es el tipo de materialismo que también le conduce a identificar, como hemos visto, el origen de la sociedad de mercado con la aparición de la máquina, es decir, con la introducción de un objeto material exógeno que habría modificado las relaciones sociales y cuyo origen es enteramente inexplicable³⁴. Este materialismo extremo no sólo está presente, como se sabe, en ciertas caricaturas del marxismo, sino que también —algo que muchas veces se pasa por alto— es consustancial a la economía ortodoxa y su identificación del valor de uso con el valor, de los medios de producción con el capital, de la tierra con la propiedad privada del suelo, etc.³⁵. Los enfoques clásico y neoclásico, en efecto, asumen la identidad entre forma y contenido, y de esta manera naturalizan las relaciones sociales mercantiles: es por eso que ambos, más allá de sus abismales diferencias, constituyen discursos apologéticos de la sociedad capitalista. Polanyi, por su parte, denuncia como una ficción que en el caso de los «factores de

31. Ésta es la «trinidad» económica donde, al decir de Marx, «está consumada la mistificación del modo capitalista de producción... el mundo encantado, invertido y puesto de cabeza donde *Monsieur le Capital* y *Madame la Terre* rondan espectralmente como caracteres sociales, y al propio tiempo de manera directa, como meras cosas», *El Capital*. México, 1981, tomo III, vol. 8, p. 1056.

32. NORTH, D.: «Markets and Other Allocation Systems in History: The Challenge of Karl Polanyi», *The Journal of European Economic History*, vol. 6, n.º 3, 1977.

33. ANKARLOO, D.: «New Institutional Economics and Economic History», *Capital & Class*, n.º 78, 2002. MILONAKIS, D. y FINE, B.: «Douglass North's Remaking of Economic History: A Critical Appraisal», *Review of Radical Political Economics*, vol. 39, n.º 1, 2007.

34. Polanyi usa expresiones muy gráficas: la economía liberal habría sido una «reaction of man to the machine», «Our Obsolete...», p. 61. Este aspecto de la concepción de Polanyi fue correctamente señalado por MEIKSINS WOOD, E.: *The Origin of Capitalism*. Nueva York, 1999.

35. Marx, materialista en un sentido muy distinto a éste, deploraba «la torpeza con la que el economista contempla en general las diferencias formales, las que de hecho sólo le interesan en su aspecto material», *El Capital*, tomo III, vol. 6, p. 414.

producción» la forma mercantil no se corresponda con el contenido material. Éste es el aspecto crítico de su planteamiento. Pero el análisis pierde solidez porque se detiene cuando recién estaba empezando: la forma mercantil no es más que la forma más simple y universal de la sociedad capitalista, y como tal no es suficiente para acceder a su naturaleza específica. Los así llamados factores de producción adquieren la forma mercantil, no porque la sociedad en abstracto deba enfrentarse a la máquina como cosa, sino porque la apropiación privada de las condiciones objetivas del proceso de producción supone: la desposesión del productor, y por tanto la conversión de su fuerza de trabajo en una mercancía que se intercambia por salario; la propiedad privada de los medios de producción, y por tanto la apropiación por parte del capitalista de la parte del plustrabajo social que aparece en la forma de ganancia media; y la propiedad privada del suelo, y por tanto la apropiación por parte del terrateniente de la parte del plustrabajo social que aparece en la forma de renta.

Pero esto supone, como ya se ha visto, el análisis de las formas históricamente determinadas en que se desarrolla el proceso de la producción social. Si el análisis se detiene en el acto de señalar la forma mercantil del trabajo, la tierra y el dinero, las formas sociales específicas de estos últimos quedan a resguardo del escrutinio crítico, devienen los inmutables «factores de producción» que conforman la «sustancia» social, y por lo tanto quedan naturalizados como trabajo asalariado, propiedad privada del suelo y capital, respectivamente. La inexactitud conceptual consistente en sostener que lo que se vende en el mercado es el «trabajo», y no la fuerza de trabajo, revela aquí toda su importancia. El salario se transforma así en el precio del trabajo, que junto al precio del dinero y al precio de la tierra serían los tres componentes del valor, las remuneraciones que les corresponderían a cada «factor» por su contribución a la producción. Como se ve, la crítica de la forma mercantil del trabajo no es igual a la crítica de su forma asalariada. Esta última implica el análisis del carácter histórico de la separación entre el trabajo y las condiciones objetivas de su realización y, por lo tanto, de la autonomización de éstas frente a aquél. La primera, por el contrario, supone que la única cualidad social que tiene el trabajo es idéntica a la que tienen la tierra y el dinero: ser mercancías; pero como se ignora el carácter histórico del proceso de alienación, los resultados cristalizados de éste sólo pueden ser catalogados como perjudiciales ficciones colectivas. Y sin embargo, se restringe arbitrariamente su carácter ficticio al plano de la circulación, porque de hecho, por ejemplo, la tierra no es *per se* mercancía, sin duda, pero tampoco es *per se* propiedad privada de la clase terrateniente: lo uno es, cuanto menos, tan ficticio como lo otro. Persistir de manera consecuente en la lógica del razonamiento hubiera permitido aproximarse a la crítica de las relaciones de producción, en lugar de excluirlas como un fenómeno técnico inmutable.

De esta manera, la intención crítica aborta. Las conclusiones de Polanyi así lo revelan. Como se limita a sostener una objeción sobre la forma que los factores de producción adquieren en la circulación, concluye por lo tanto que la introducción de medidas regulatorias en esos segmentos del mercado es socialmente deseable, beneficia igualmente a la totalidad, y que por tanto no sólo son necesarias sino también suficientes para eludir los efectos perniciosos del sistema³⁶. La ingenuidad de la propuesta es proporcional a la mesura de la crítica. Más aún, dicha regulación del mercado es vista como anulando su autonomía, en la medida en que aquél dejaría de ser «autorregulado», es decir, dejaría de ser como los economistas neoclási-

36. Ésta es la razón que, como hemos visto más arriba, lleva a Polanyi a identificar la intervención estatal en el mercado (es decir, el proteccionismo, la legislación social, la intervención de la banca central en el mercado monetario, etc.) con el fin de la «sociedad de mercado».

cos dicen que *debería ser*³⁷. Esto no sólo produce una imagen distorsionada del mercado capitalista³⁸, sino que también diluye las diferencias históricas entre distintos casos de mercados precapitalistas efectivamente regulados pero de muy distintas maneras.

V.

Avancemos ahora en el campo específico de los fenómenos mercantiles precapitalistas. Tras destacar estas singularidades de la sociedad de mercado, Polanyi optó por reforzar su argumento analizando los mecanismos de funcionamiento de economías pretéritas en el marco de un ambicioso proyecto de historia comparativa. Las tesis generales que guían esta tarea de investigación son de suma importancia y genéricamente acertadas. Polanyi afirma que las categorías propias de la economía mercantil desarrollada no pueden trasladarse a las sociedades precapitalistas; que el comportamiento de los sujetos no puede entenderse a partir del principio económico de maximización; que la existencia histórica de comercio, dinero y mercados no puede asimilarse a los fenómenos modernos; que a los mercados precapitalistas no se les puede atribuir una fuerza expansiva autónoma e irresistible que por evolución natural culmine en la mercantilización completa de la sociedad; y por último, que en toda la historia anterior al capitalismo los fenómenos mercantiles se encuentran sometidos a distintas formas de regulación social y política que condicionan su funcionamiento. Esta perspectiva, que se opone a los postulados fundacionales de la teoría liberal y de sus diversas manifestaciones historiográficas —que por cierto no son pocas—, contiene las condiciones de posibilidad ineludibles para un tratamiento verdaderamente histórico de la problemática. La pretensión de demostrar el carácter histórico de las instituciones mercantiles constituye sin duda el aporte más valioso del proyecto sustantivista; lo cual se explica porque se trata de la consecuencia de lo que, como hemos visto, es el aspecto más fecundo del planteamiento polanyiano: el cuestionamiento de la mercantilización de las condiciones materiales del proceso de producción.

Sin embargo, no podemos hacer una evaluación tan positiva de los argumentos concretos que expone Polanyi para defender la pertinencia de estas hipótesis. Dichos razonamientos comparten con la economía neoclásica con la que se enfrentan una premisa conceptual básica: la utilización de categorías que no responden a la naturaleza específica de relaciones sociales históricamente determinadas, sino que pretenden tener validez universal, lo cual sólo se logra en tanto se ubiquen en un grado de abstracción que vacía a los conceptos de todo contenido. Este método de razonamiento tiende a quedar desdibujado por el acento empirista que caracteriza al enfoque sustantivista. La abstracción, sin embargo, no es incompatible con el sesgo empirista y con una concepción cosificada del materialismo. Para este enfoque, la tierra es tierra, y su tangible materialidad nos indulta de toda otra consideración. Y sin embargo, para el análisis social, la tierra como tierra es una abstracción: el carácter concreto de un concepto no se alcanza a través de los sentidos, sino de la comprensión de las determinaciones sociales que lo conforman.

37. En este sentido, SALSANO, A.: «Polanyi, Braudel et le Roi du Dahomey», en SERVET *et al.*: *La Modernité*, p. 64.

38. Puede verse al respecto LIE, J.: «Embedding Polanyi's Market Society», *Sociological Perspectives*, vol. 34, n.º 2, 1991.

Veamos cómo se traduce esto en el estudio del comercio, el dinero y los mercados en sociedades precapitalistas. En tanto para la teoría liberal estas tres categorías constituyen un todo indisociable que se identifica con la esencia misma de toda economía humana, Polanyi se esfuerza por demostrar que cada uno de estos tres elementos es independiente de los demás en todas las sociedades pretéritas. La fragmentación permitiría postular que comercio, dinero y mercados son fenómenos distintos, que su evolución no es necesariamente paralela, y que por lo tanto pueden verse en el pasado y predecirse para el futuro combinaciones variables de ellos que no supongan su abolición pero tampoco su dominio sobre la sociedad.

La modalidad de la demostración es simple: se define cada uno de los términos, y luego se constata su existencia histórica y su relación con los otros dos³⁹.

Adepto a un materialismo que ya hemos criticado, Polanyi define entonces al comercio como un tipo de intercambio pacífico y organizado que implica el transporte de bienes⁴⁰. Como se ve, la definición no alude al tipo de relación social involucrada, sino a un movimiento material y bilateral de objetos. A partir de aquí es fácil demostrar que el comercio así definido es independiente de la existencia de mercados y de dinero: basta recordar el caso del intercambio ritualizado en las islas Trobriand, la dote en los sistemas exogámicos o el intercambio de regalos, que encajan plenamente dentro de la definición empírica y a la vez abstracta que se acaba de dar⁴¹.

El procedimiento es similar en el caso de la categoría dinero. Aquí Polanyi acepta la definición neoclásica tradicional: dinero es todo aquello que cumpla las funciones de dinero, a saber, medio de pago, patrón de medida, medio de cambio e instrumento de atesoramiento⁴². Esta definición «funcional» es, en realidad, el resultado de la incapacidad de la teoría subjetiva del valor —a la que Polanyi adhiere—⁴³ para explicar la naturaleza del dinero, puesto que el valor del dinero debería explicarse por su utilidad, pero la utilidad del dinero consiste justamente en tener valor. El círculo vicioso es insalvable, por lo que la economía neoclásica se refugia en el empirismo: dinero es todo aquello que cumple las funciones de lo que nosotros llamamos comúnmente dinero, es decir, todo aquello que se utilice como medio de pago, unidad de cuenta, medio de cambio e instrumento de atesoramiento⁴⁴.

39. Para lo que sigue, véase POLANYI, K.: *El sustento del hombre*, Barcelona, 1994, especialmente: «La tríada cataláctica: comercio, dinero y mercados», pp. 153-225. La ideas centrales, sin embargo, ya habían sido expuestas en «La economía como actividad institucionalizada», *Comercio y mercado...*, especialmente pp. 302-315. Señalemos accesoriamente la identidad metodológica, en cuanto al problema de las definiciones *a priori*, entre este análisis y lo que se ha dicho más arriba sobre las mercancías ficticias.

40. Polanyi define al comercio por la confluencia de cuatro elementos: personal, mercancías, transporte y bilateralidad; *El sustento del hombre*, p. 162.

41. Más cauteloso fue G. DUBY para caracterizar la circulación de regalos en la Alta Edad Media: «Se trata de intercambios —y son innumerables— pero no se trata de comercio», *Guerberos y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea (500-1200)*. México, 1999, p. 71.

42. *El sustento del hombre*, p. 177.

43. POLANYI LEVITT, K.: «Karl Polanyi, socialiste» en SERVET *et al.*: *La Modernité*, p. 6.

44. Incluso un economista «heterodoxo» como Galbraith trata el problema con una ingenuidad sorprendente, en las primeras páginas de un libro dedicado, justamente, al dinero. Tras sospechar que el lector pretenda que el relato «debería empezar con alguna definición de lo que es el dinero en realidad», Galbraith reconoce que las respuestas de los economistas a este interrogante «son invariablemente incoherentes. Los profesores de economía elemental o de materias dinerarias y bancarias empiezan su explicación con definiciones auténticamente sutiles. Éstas se copian cuidadosamente, se aprenden fatigosamente de memoria y se olvidan con una sensación de alivio». Rápidamente, sin embargo, el autor nos tranquiliza: «El lector debería seguir estas páginas con la convicción de que el dinero no es ni más ni menos que lo que él, o ella, siempre pensaron que era...», GALBRAITH, J. K., *El dinero*, Madrid, 1983, p. 14.

Partiendo de este austero escenario conceptual, a Polanyi le basta postular que es dinero todo aquello que cumple *alguna* de estas funciones para poder afirmar que hay dinero en todas las sociedades conocidas y aun en ausencia de mercados, puesto que en los estados redistributivos existen unidades de cuenta ideales que no cumplen ninguna de las otras tres funciones; que en numerosas sociedades ciertos bienes se utilizan como medio de pago para ciertas obligaciones y no para otras, ni para otra función; que en otras sociedades algunos objetos funcionan como medio de cambio pero no son aceptados como medio de pago; y que muchas veces los objetos que se atesoran no cumplen ninguna de las otras tres funciones del dinero.

El argumento es claro, pero queda la duda de si habremos aprendido algo sobre el dinero, o si nos habremos limitado a verificar la falsedad parcial de una premisa enteramente falsa, puesto que en realidad lo que ha demostrado Polanyi es que los así llamados «dineros primitivos» no cumplen simultáneamente todas las funciones que corresponden al dinero moderno⁴⁵, pero no nos dice nada acerca de la especificidad de las formas sociales objetivadas en esos objetos. Lo que sí puede afirmarse, entonces, es que esta mezcla de marginalismo y empirismo, en tanto parte de una premisa tautológica («dinero es lo que se usa como dinero»), no permite comprender la naturaleza de las relaciones sociales que se ocultan tras estas categorías.

Hemos hablado del comercio y del dinero, queda por último la categoría de mercado. Aquí el problema es más complejo, porque incluso aceptando las definiciones de comercio como transporte e intercambio bilateral, y dinero como aquello que cumple alguna de las funciones del dinero, se puede aceptar que ambos existan con independencia del mercado, pero no lo inverso⁴⁶. Polanyi salva el escollo señalando simplemente que el mercado es históricamente posterior al comercio y al dinero, los cuales tienen una existencia universal⁴⁷. Esto explicaría que empíricamente siempre haya comercio y dinero cuando hay mercado, pero no necesariamente al revés, aunque desgraciadamente no explica por qué, más allá de una cronología que aparece como accidental.

En cualquier caso, aquí Polanyi se limita a señalar que el término mercado tiene dos acepciones, independientes entre sí: el mercado como lugar de mercado, y el mercado como mecanismo de oferta-demanda-precio. Por lo tanto, la definición neoclásica sería incompleta. Frente a ella, opta por un enfoque «institucional y técnico», prefiriendo hablar no de mercados sino de distintas combinaciones de «elementos de mercado». Éstos son: «un lugar físicamente existente o bienes disponibles, un grupo oferente, otro demandante, costumbres, leyes y equivalencias»⁴⁸, que pueden dar lugar a la formación de precios por la oferta y la demanda o no.

45. Contraste que, sin embargo, incluso desde un universo conceptual similar, también puede objetarse: MELITZ, J.: «The Polanyi School of Anthropology on Money: An Economist's View», *American Anthropologist*, vol. 72, n.º 5, 1970.

46. Incluso el trueque supone la existencia de algún patrón de medida ideal, y por tanto de dinero según la definición polanyiana, además de implicar, por supuesto, un «movimiento bilateral» de bienes.

47. Polanyi comienza así el capítulo dedicado al mercado: «El origen de las instituciones de mercado es un tema complicado y oscuro, aun cuando los mercados no son tan antiguos como la humanidad y tuvieron un origen específico en la historia humana... Podemos decir por tanto que comercio y dinero estuvieron siempre con nosotros. No así el mercado, que es un avance muy posterior», *El sustento del hombre*, p. 205.

48. *El sustento del hombre*, p. 207.

De esta forma, el concepto ha sido reemplazado por una sumatoria empirista de «elementos» abstractos y arbitrariamente seleccionados⁴⁹. Polanyi mismo parece creer que despojar así a las categorías de su naturaleza social constituye una virtud de su análisis: un enfoque «puramente técnico», donde el término mercado «postula *simplemente* una situación de intercambio... *no implica más que* un movimiento recíproco de mercancías entre “manos”...» [subrayado O. C.]⁵⁰. Lo que intenta aquí el autor es contradecir la tesis de la teoría económica convencional según la cual el mercado tendría una fuerza expansiva inmanente: en lugar de un desarrollo lineal desde los mercados locales precapitalistas hasta el moderno mercado mundial, para explicar la sociedad contemporánea habría que plantear una convergencia de elementos institucionales y técnicos independientes. Por loable que sea este objetivo, sin embargo, el camino elegido por Polanyi para sostenerlo no parece el más apropiado. Igualar cualitativamente todas las formas mercantiles históricamente conocidas como distintas «combinaciones de elementos de mercado» impide enfocar el problema de la dinámica específica y contradictoria de esas formas y de su relación necesaria con la totalidad social en la cual se inscriben. La preocupación exclusiva por establecer una taxonomía estática ignora invariablemente la génesis de los fenómenos sociales y el proceso de despliegue de sus cualidades internas, y es por ello que Polanyi, para explicar el mercado moderno, debe recurrir, como hemos visto, a la aparición inexplicable de un objeto material exógeno: la máquina.

Pero el enfoque «puramente técnico» donde el mercado se iguala *simplemente* a una situación de intercambio presenta un problema adicional: paradójicamente, diluye la especificidad que distingue al intercambio *mercantil* como tal. Basta recordar la enumeración de los «elementos de mercado» (un lugar físico, bienes disponibles, oferentes, demandantes, costumbres, leyes y equivalencias) para percibir que toda forma de intercambio, incluidas la reciprocidad y la redistribución, los incluye. Y esto por la sencilla razón de que también estas últimas formas son *simplemente* situaciones de intercambio, y que las cualidades que las distinguen entre sí no son de naturaleza técnica, sino histórica y social.

La confusión analítica que puede derivarse de estas premisas no es menor. En el fondo, las definiciones conceptuales de Polanyi anulan su propio intento de distinguir distintos modelos de intercambio. El haber anclado los conceptos en materialidades aisladas con cualidad universal habilitó el ocultamiento de sus determinaciones específicas en beneficio de rangos cuantitativos de clasificación. Éste es el vacío conceptual que indujo a Sahlins a clasificar la reciprocidad como generalizada, equilibrada o negativa en función del grado de equivalencia cuantitativo de los bienes intercambiados. En esta clasificación, sin embargo, la reciprocidad equilibrada se define por una situación en la que «la retribución es inmediata y equivale en valor a las mercancías recibidas», es decir, es idéntica al intercambio mercantil de equivalentes⁵¹. Algo similar ocurre con Meillassoux cuando afirma, siguiendo a Polanyi,

49. De una manera similar a cómo el concepto de dinero, por ejemplo, había sido reemplazado por la sumatoria de los objetos que cumplen la sumatoria de las funciones que corresponden al dinero.

50. *El sustento del hombre*, p. 207.

51. SAHLINS, M.: «Economía tribal», en GODELIER, M. (comp.): *Antropología y economía*, p. 244; el autor desarrolla extensamente este planteo en SAHLINS: *Economía de la Edad de Piedra*. Madrid, 1983, capítulo V: «Sobre la sociología del intercambio primitivo», pp. 203-296. Las otras dos formas de reciprocidad también presentan sus problemas. La reciprocidad generalizada, en un extremo, es muy discutible: no puede demostrarse que haya algún tipo de don que no suponga la expectativa de una retribución futura, y ciertamente el ejemplo que utiliza Sahlins (la madre que amamanta a su hijo) no resulta en absoluto adecuado. En el otro extremo, la reciprocidad

que entre los Gouro de Costa de Marfil el «precio» de los bienes y servicios depende del estatus social del comprador, sea éste un miembro de la familia a quien se da como puro regalo, un vecino de quien se espera un posterior regalo en reciprocidad, un miembro de otra aldea en cuyo caso la relación depende de las alianzas existentes o, por último, un extraño de quien se intenta obtener el precio más alto⁵². Pero aquí se igualan como «precios», y por tanto sólo cuantitativamente variables, lo que en realidad constituyen relaciones sociales de naturaleza totalmente distinta. Sahlins engloba el intercambio mercantil como una variante cuantitativa de la reciprocidad; Meillassoux presenta distintas relaciones sociales como variantes cuantitativas del intercambio mercantil. El problema es simétricamente idéntico, y tiene su origen en los postulados conceptuales del sustantivismo: la definición empirista oscurece la especificidad de los fenómenos e induce la elaboración de sistemas clasificatorios que, anulada la cualidad social, sólo pueden basarse en diferencias de cantidad.

VI.

El resultado es paradójico, y por ello metodológicamente instructivo. El objetivo de Polanyi era enfrentarse al enfoque formalista, que había universalizado el comportamiento económico moderno. Para ello intentó particularizar las instituciones sociales, y ubicar así el «lugar cambiante» que ocupa la economía en las distintas sociedades.

Pero entonces había que definir la economía como un «algo» inmutable, del cual luego se pudiera predicar el lugar que ocupaba en las distintas sociedades. Frente a esta necesidad del argumento, sólo quedaba la posibilidad de recurrir a una definición materialista vulgar; la economía como cosa: la producción como combinación de bienes, el comercio como movimiento de bienes, el dinero como objetos con funciones, el mercado como sumatoria de elementos. En esta lógica, las categorías devienen abstracciones, sin un átomo de cualidad social. El intento de basar el estudio comparativo de las distintas economías en elementos «sustantivos» invariables pertenecientes a todas ellas condujo, por la dinámica propia del razonamiento, a negar las diferencias específicas que las caracterizan⁵³.

De su primera gran obra, *La Gran Transformación*, a su último manuscrito, *El sustento del hombre*, el círculo se había cerrado. Polanyi partió del intento de demostrar la naturaleza específica del mercado moderno, y llegó a la definición de la economía como universal abstracto invariable; por lo tanto, no determinante sino determinado. Creyendo haber rebatido de esta forma el criterio marxista de determinación económica, Polanyi llegó al final de su recorrido al punto del cual estaba partiendo el neo-institucionalismo, que asumió la diversificación histórica de las instituciones como variable explicativa de la pluralidad de manifestaciones que puede adoptar un en sí inmutable —aquel que Polanyi, justamente, quería refutar—.

negativa se define como el intento de obtener algo sin nada a cambio: el ejemplo que utiliza el autor es el robo, pero no parece haber ninguna ventaja en considerar que el robo es una forma de reciprocidad, más allá de cuán negativamente se la adjective.

52. MEILLASSOUX, C.: «The Guro. Peripheral Markets Between the Forest and the Sudan», en BOHANNAN, P. y DALTON, G. (comp.): *Markets in Africa. Eight Subsistence Economies in Transition*. Nueva York, 1965, pp. 78-9.

53. ANCORI, B.: «Les sciences sociales, la place du troisième homme et l'interprétation de l'histoire économique», SERVET *et al.*: *La Modernité*, p. 92.

Si Polanyi sigue siendo un autor imprescindible para aquellos que estudiamos el problema de los mercados desde una perspectiva histórica no es, como hemos intentado demostrar, por la solidez de su método ni por la fundamentación específica que dio a sus hipótesis. La importancia de su obra radica en otro lado: en haber conjugado la crítica a la mercantilización de los elementos constitutivos del proceso de producción, y por lo tanto la negación de la universalidad del mercado moderno, con el reconocimiento de la existencia de relaciones mercantiles premodernas. De esta forma quedaba puesta en entredicho la interpretación lineal y continuista del desarrollo del mercado, y quedaba planteada la necesidad de investigar la naturaleza específica de los mercados precapitalistas. Puesto frente a esta problemática, Polanyi profundizó el enfoque institucionalista y tecnicista que, como hemos argumentado, no sólo no resuelve la especificidad del objeto, sino que la anula. Tampoco los historiadores marxistas, salvo contadas excepciones, percibieron la complejidad del problema, y tendieron a darse por satisfechos con la tesis clásica de la vigencia plena de la ley del valor en los mercados precapitalistas⁵⁴. Encarar el análisis de los temas planteados por Polanyi desde una perspectiva marxista renovada es una tarea que, sin duda, resultará enriquecedora para el conocimiento histórico.

54. Tal tesis fue inicialmente planteada por ENGELS, F.: «Apéndice y notas complementarias al Tomo III de *El Capital*», en MARX: *El Capital*, tomo III, vol. 8, pp. 1.125 y ss. Las objeciones se han planteado, en su gran mayoría, desde una perspectiva estrictamente teórica o metodológica, y no desde el análisis concreto; véase, por ejemplo, el por otro lado excelente artículo de MORISHIMA, M. y CATEPHORES, G.: «Is There an “Historical Transformation Problem”?», *The Economic Journal*, vol. 85, n.º 338, 1975. Entre los historiadores, una excepción notable es KULA, W.: *Problemas y métodos de la historia económica*. Barcelona, 1977, pp. 459 y ss. Un estudio de caso que combina análisis concreto con reflexiones teóricas de largo alcance es GODELIER, M.: «La moneda de sal y la circulación de mercancías en los Baruya de Nueva Guinea», en ídem: *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas*. Madrid, 1974; lo mismo puede decirse de ASTARITA, C.: *Desarrollo desigual en los orígenes del capitalismo*. Buenos Aires, 1992, sobre el comercio medieval de larga distancia.